

POR LOS "PICOS"

*«Osé y temí, mas pudo la osadía tanto,
que desprecié el temor cobarde.*

(Herrera)

A los fundadores del Club Deportivo de Eibar, ya que a la entidad que ellos formaron debemos la gratitud de nuestras aficiones.

J. S. M.

Era el día 14 de Agosto, cuando al mediodía nos llegó la hora de soportar sobre nuestras espaldas la carga de los pesados morrales. Antes de proseguir nuestra marcha, nos avituallamos oteando desde los Horcados Rojos, - hasta donde transportamos los bártulos desde Espinama en caballería - aquél fantástico circo que se forma contorneando el Hoyo Sin Tierra, y en el cual destacan el Santa Ana, con sus afiladas agujas, Peña Vieja, Altaiz, San Carlos, Madejuno, Tiro Llago, Torre Blanca y Pico Tesorero; era de singular atractivo, más para algunos compañeros que por primera vez contemplaban este magnífico panorama. Después de avituallarnos, nos pusimos en marcha por los laberínticos Hoyos Negros, que encorvados por aquel terreno de lapiaz, bajo el enorme peso de nuestras mochilas, habíamos de alcanzar dos horas más tarde la Gargantada de Hoyo Grande o mejor llamado Collada de Torre Blanca, punto de nuestro primer campamento volante, situado a más de 2.300 metros de altitud, dominando los Hoyos Negros y el Traslambrión con sus eternas nieves.

Pasamos tres noches envueltos en la mayor soledad, tres noches y cuatro días inolvidables que, quedarán grabados en la colección de nuestros sendos recuerdos montañeros; desde allí escalamos el respetuoso Llabrión, que con sus 2.640 metros es la cumbre más elevada de los Picos de Europa, y el bravío Tiro Tirso. En estos dos picos estrechamos nuestros lazos de amistad con montañeros madrileños, catalanes, asturianos, gallegos y algunos amigos del C. A. Alavés y C. A. Turista de Baracaldo, que en representación vasca, ascendieron desde el refugio de Collado Jermoso, con ocasión del Campamento Nacional de Alta Montaña, organizado por la F. E. M. Nuestras plantas también tomaron posesión de las cumbres de Torre Blanca, Tiro Llago y Madejuno.

El día 17, levantamos el camping y tras escalar el Pico Tesorero, aproximándonos a la collada Labrada descendimos al Hoyo de los Boches y por Jou Sin Terre, subimos a La Gargantada. De repente vimos ante nuestros ojos una gigantesca torre cilíndrica sin apenas una fisura, - ¡ El Naranjo ! - exclamamos a coro. Por una pendiente de verde césped llegamos a la Vega de Urriello, donde instalamos nuestro segundo campamento.

Horas más tarde, otros montañeros fueron apareciendo; eran caras conocidas que días antes estrecharon nuestras manos en las crestas del Llabrión y Tiro Tirso. Con gran sorpresa para nosotros, llegaron unos «jatorras tolosarras» y por último siete escaladores italianos. Todos contribuimos a la rotura del misterioso silencio de los dominios del «Rey de los Picos». Por unos momentos me sentí egoísta, deseé para mí sólo aquella pintoresca Vega rodeada de altivos peñascos, quise hallarme solitario, embriagado en la inmensa soledad aquella vispera de mi intento al Naranjo de Bulnes, que tantos años me hizo soñar y siempre abrigué la esperanza de poder realizar algún día; mi sueño dorado. Apesar de todo, contemplé horas enteras aquél gigante de esbelta silueta que se asemeja a una escultura como símbolo de reto a la osadía.

Al anochecer, doce tiendas invadían la angosta campita. Después de una noche a cuatro grados y sin poder conciliar el sueño intrigado por la suerte de la tan ansiada escalada, amaneció lloviznando el día 18. Los italianos sin esperar a que levantara, fueron los primeros que se decidieron a abandonar el campamento para dirigirse al Naranjo. Nosotros contemplamos impacientes el correr de la niebla. Hacia el mediodía, la lluvia había cesado, el viento barrió la niebla desencauchando el «Picu», que se presentó ante nosotros erguido y arrogante, un tanto ame-

nizador, pero nuestros corazones no vacilaron ante el empeño tanto tiempo abrigado. El anhelo de todo escalador es, hollar con sus plantas la cúspide del Naranjo de Bulnes, por lo tanto también el nuestro.

Llegó la hora decisiva. En aquellos momentos en el campamento todo eran preparativos, no se oía más ruido que el suave roce de las cuerdas, el tintineo de clavijas y mosquetones, el de las botas que se dejaban caer para sustituirlas por calzado ligero de goma; nosotros también nos calzamos de goma, pero con las rústicas « abarcas » de nuestros « baserritarras ». De cuando en cuando, alguna voz autoritaria dá en pocas palabras órdenes a los componentes de sus respectivos grupos. Salen camino al « Picu » dos cordadas madrileñas, una catalana y los tolosanos.

Nuestra cocinilla que no funcionaba conforme nuestros deseos, hizo retrasarnos cerca de una hora. Tras ascender el fuerte repecho del Canal de la Celada, llegamos a la base de la cara Sur. En la torre de caliza cortada por un paredón vertical de cerca de 400 metros, vemos a las distintas cordadas ascender por la vía directa, salvo dos madrileños que se aventuran por la vía de Victor Martínez o Espinosa. En aquel momento los « tolosarras » comenzaban su escalada en compañía de Alfonso.

Nuestro propósito era el de intentar por la vía directa o normal; optamos por la última, ya que era la única que se hallaba libre. A pesar de que llevábamos bastante información de la vía a seguir, examinamos minuciosamente la pared antes de comenzar.

Estrechando las manos a nuestros compañeros Juan María Larrea y Melchor Loyola, que por primera vez no nos acompañaron a escalar, Miguel Echeverría y yo, con un tanto de nerviosismo, subimos rápidos los primeros metros sin encordarnos, pero al llegar a una estrecha chimenea estimamos conveniente la encordada para mutua seguridad.

Miguel me cedió el puesto de primero y ascendí poco a poco por la estrecha chimenea haciendo presión entre las dos paredes; después de la chimenea trepé por una llambria de canalizos producidos por la erosión del agua de la lluvia, que abundan en todo lo largo de los paredones y proporcionan estupendos asideros; cuando llegué a lugar

seguro, afiancé la maniobra a mi compañero. Miguel que me releva el puesto de « leader », rebasó un pequeño saliente y se ocultó de mi vista por encima de mi cabeza; esperé impaciente unos minutos hasta que su voz me dió la señal de proseguir, escalé mientras me aseguraba y al llegar junto a él me señaló el saliente conocido por « la panza de burro », colocamos una clavija justamente a la altura de la rodilla, pues la grieta que iba ensanchándose hacia arriba no permitía clavar a mayor altura, en ella sentimos la necesidad de una escarpia que en aquél momento no disponíamos. Con un paso de hombros intenté localizar algún agarre o fisura donde introducir un pitón, tras algún esfuerzo tuve que abandonar el intento. Miguel vuelve a intentar desde mis espaldas con resultado negativo, en vano intentamos localizar el asidero clave que indispensablemente tenía que existir para desbordar el paso. Por último tuvimos que desistir en nuestro empeño para recurrir a otro procedimiento. A unos metros a la derecha y un poco más abajo se hallaba una pequeña plataforma, a ella bajé en diagonal mientras mi compañero me va cediendo la cuerda, una vez en la plataforma, inspeccioné la lisa llambria, sin encontrar grieta; tenía unos cinco metros pero ví que era inútil el empleo de la técnica de clavijas, examiné mejor y solamente percibí unos diminutos y escasos agarres como únicos apoyos en la pared cortada a tajo. Era forzoso efectuar la escalada libre; calculé las distancias a los pequeños agarres para alcanzar la parte superior, pero mis cálculos eran muy dudosos. Después de haber reflexionado, decidí avanzar sin otra seguridad que la que me ofrecen mis miembros y la cuerda que huye hacia las manos del compañero de cordada el cual a su vez se hallaba sujeto a una clavija; si llegaba a una difícil situación no me sería posible retornar y la única solución era saltar hacia mi compañero con objeto de acortar la distancia de la caída. Escalé por la llambria trabajando con las puntas de los dedos en agarres inverosímiles, manteniendo el peso de mi cuerpo con entereza; el menor balanceo podría ocasionarme la pérdida del equilibrio y con él la caída. Tras algunos minutos de angustia, llegué a un extremo en que era de rigor apoyarme en una pequeña laja que parecía estar suelta, pero por suerte

pudo sostenerme; desde ella llegué al último agarre para alcanzar la parte superior. Encontré una clavija encima de la «panza» donde me aseguré para descansar algunos minutos. Una vez reunidos de nuevo los dos, comencé la travesía horizontal en dirección oeste; el paso se asoma temerario al abismo, pero la abundancia de agarres hace esta travesía relativamente fácil si se tiene mucho cuidado en elegir la vía sin dejar de enganñarse por la verticalidad, dirigiéndose al lugar de mayor cantidad en agarres que es la parte inferior. En el «Picu» desviarse algunos metros del itinerario puede ser de fatales consecuencias; por ello el escalador ha de trabajar con vista.

Me causó gran sorpresa al doblar una roca hacia el final de la travesía verme de frente a la primera cordada madrileña seguida por los de Tolosa. Les saludo con un ¡EUP!, al que correspondieron, para volver a seguir cada cual atentos a sus cordadas. Introduje en una rendija otro pitón de seguridad y pronto llegó Miguel junto a mí. Tomó él la delantera para superar la última dificultad que nos restaba para alcanzar el gran anfiteatro, se trataba de una grieta vertical que también nos pareció muy fácil. Por el inclinado anfiteatro llegamos a la ansiada cumbre después de dos horas y quince minutos de escalada.

Nos decepcionó un poco, porque esperábamos vernos con algo más duro, pero «el león no es tan fiero como lo pintan»; si nuestros compañeros se hubieran decidido, lo más seguro habrían subido. La mayor parte de la escalada es de carácter libre porque no abundan las grietas, las clavijas juegan en la subida un papel secundario y lo que más debe trabajar en el escalador son la vista y los brazos. A pesar de todo, tuvimos la dicha de estampar por primera vez en el album del Naranjo el nombre de nuestro querido Club Deportivo de Eibar y no faltó una pequeña dedicación en euskera, quizá también por primera vez.

Más tarde llegó la segunda cordada madrileña, por lo que con los tolosarras éramos cuatro las cordadas en la cima; una había retrocedido.

El gran guía del Naranjo de Bulnes, Alfonso Martínez, acordó descender todos en «rappels» combinados para evitar posibles extorsiones; por lo avanzado de la hora nos podría sorprender la noche, lo cual a nosotros nos vino formidable ya que solamente contábamos con una cuerda de treinta metros y otros treinta de liz; nos evitaba el desagradable descenso con simple cuerda y la dura tarea de recuperar con liz. Todos los escaladores bajamos juntos por la vía directa después de cuatro «rappels» en los lugares más difíciles. Llegamos a Vega de Urriello anochecido, donde nos recibieron nuestros camaradas con calurosos abrazos que, junto con nuestra satisfacción de haber logrado el máximo anhelo, serán la única y mejor recompensa que perdurará en nosotros durante el resto de nuestras vidas.

Al día siguiente desde Vega de Urriello nos desplazamos al Hoyo de Cerredo. Con una aérea escalada por la cara E. logramos dominar la Torre de Cerredo. De regreso recogimos nuestros bártulos en la Vega de Urriello, para descender por el canalón de Jou Luengo, el Torcón, canales de Camburero y Balcosín, pasando por la aldea de Bulnes. Con la noche muy avanzada llegamos a Puente Poncebos.

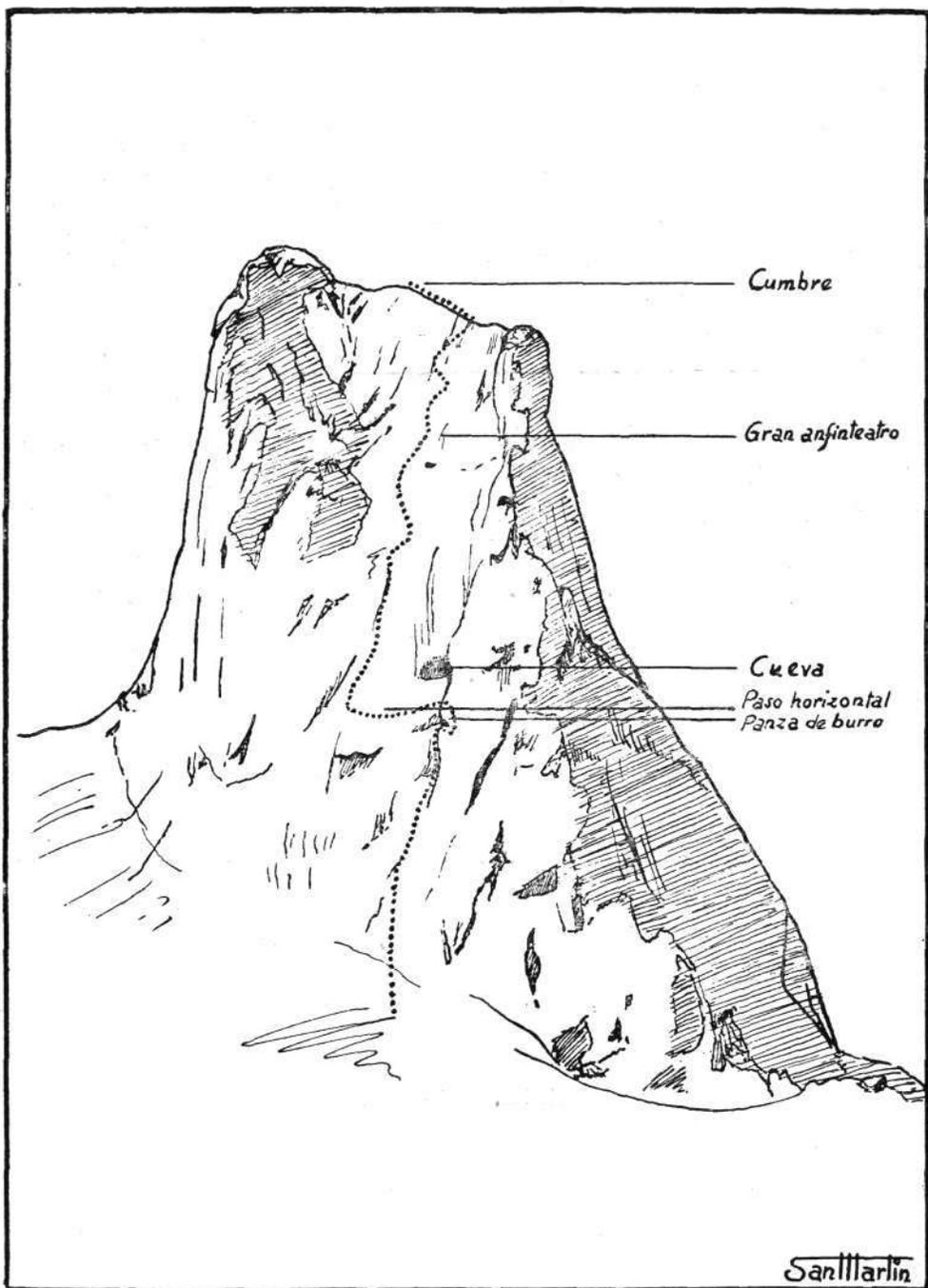
El día 20, nos hallábamos en el Pozo de la Oración ante el monumento a D. Pedro Pidal (Marqués de Villaviciosa de Asturias), el primero que escaló el Naranjo de Bulnes en compañía del guía «El Cainejo», el 5 de agosto del año 1.904. Desde aquel lugar por última vez contemplamos el majestuoso Naranjo que con su inconfundible perfil resalta sobre las demás cimas.

¡Adiós, Rey de los Picos!, pero aún volveremos para revivir unas de las horas más emocionantes de nuestras vidas.

Desde el autobús, vemos alejarse aquél alborotado mar de rocas, incomparable paraíso del escalador, y un tanto pensativo digo: desgraciados, los que en su juventud no hayan sentido la llama de la aventura.

JUAN SAN MARTIN

Del Club Deportivo de Eibar.



San Martín



FOT. J. M. PECIÑA

El Naranjo desde el collado de los Urrielles.